

poesía

# Los que miran hacia abajo no duermen

Ulber Sánchez

---



FLECHA ROJA EDICIONES

# **Los que miran hacia abajo no duermen**

**Ulber Sánchez**

Hay un ojo que mira al silencio de las cosas,  
un bruñido de luz,  
el adiós marcado por la cumbre del muro,  
un retorno tranquilo,  
muertos sosteniendo la mirada,  
perros devorándose en las esquinas.

El ojo observa.

A la ciudad le han robado sus postes.

*—No hay manera de dar luto, ni lágrimas, ni párpados sobre los espejos.*

Aunque se ignore la equívoca llama de veladoras,  
un charco de astros da una sinfonía evasiva sobre la ciudad.

Vuelto el ojo al centro se lamenta en fragmentos de lodo.

Cuando el centauro dormita  
el sol hiere la sonrisa de las sombras,  
no es posible anclar sobre espaldas de perros.

Tampoco es posible ejecutar  
suicidios colectivos de orugas,  
o invitar a un recién nacido a una orgía de lobos.

Por eso cuando el centauro dormita nos reconocemos en el odio.

No es tiempo entonces de perros cazando a deshora vírgenes de piedra,  
pájaros en la mente como poetas rendidos a la palabra peces.

En la calle, manada de perros salvajes  
a dentadas ciegas buscan carne blanda,  
quejido, huesos de polvo.

A lo lejos la luna es un ojo que no ve a su adentro,  
y no duerme ni mira hacia abajo.

Un niño llora ahogado en el aljibe,

sus lágrimas son llovizna.

No hay purificación para este miedo.

La ciudad es un rostro gaseoso.

La garganta de las plañideras calla como profundo eco del viento.

Los hombres dicen que estas sombras son sufrimientos,  
apariciones del cuerpo.

Sombras que protegen  
la espalda de caminantes desterrados a la oscuridad.

Los hombres andan sin sombra, no tienen trayectoria,  
son como moneda sin sol, ciego sin ceguera.

No digo nada.

Una mujer secó sus ojos para no llorar.

Así hoy sobre la ciudad no llueve nunca.

No lo dije antes.

Una mujer prestaba sus pechos para dejar mamar

a los que vienen al mundo sin ojos.

Así hoy existen ciegos que se vuelven sombras.

No lo sabia, por eso no lo dije antes.



En la ciudad de los ciegos no hay mar.

Los marinos naufragan sobre escombros,

se emborrachan con putas que aman

rotundamente el oleaje.

Si en esta ciudad alguien ama demasiado abre su sayuela,

su camisa, se entierra un cuchillo y se saca el corazón

para ofrecerlo a sus perros.

Por eso el que ama es peregrino desnudo caminando por calles, abrazado del último beso de una mujer, de un cuerpo caliente para no morir de frío.

Para despertar en esta ciudad se necesita  
un gallo con cara de dragón,  
una jeringa llena de espuma,  
un revólver y una canción de Leonard Cohen.

Los perros son esplendorosos peces celestes,  
dioses quemándose eternamente en los ojos del pájaro  
sobrevolando el cuerpo planetario de una mujer que parió ángeles.

Ángeles drogadictos,  
celebran la vida en el hocico de animales inventados por la fiebre.

Los perros escandalizan por las calles cuando a media noche llaman a misa secreta de escépticos, quienes aún  
creen que la ciudad fue creada por un hombre amamantado por una loba leprosa.

—Ya los perros se marchan a dormir fatigados.

Al zarpar los perros hacia el ojo moribundo hablan sobre la ciudad edificada en el cuerpo de sal, de calles hechas de estrellas, dos pirámides derrumbadas, gato fosilizado, de los labios envenenados.

—No miraba más que el lento itinerario de la mariposa en el vientre de la tarde.

Alguien mencionó que para partir de la ciudad uno tiene que arrancar a mordidas sus ojos, beber la sangre y fornicar con la herida.

Pero uno nunca parte  
porque no es posible andar  
por otra ciudad sin ojos.

El perro cancerbero de la muerte de cincuenta rostros devora el tiempo misterioso de sus víctimas. El perro es por la noche verdugo que espera bajo la niebla a los temerosos.

Todos los que mueren de amor reencarnan en perros.

Sabes también que alguna vez la mano cómplice del amo acaricia tu lomo, y tú nunca te atreves a hincarle los colmillos, porque bien sabes que esa mano te acaricia, es la mano de quien sana tu dolor.

—Por eso algunos hablan de la felicidad del perro.

El perro se muerde la cola en un principio de eternidad, no para jugar con ella, eso es falso como que las ranas guturalmente no se destripan cuando cogen.

Hay quienes, en la hambruna del cielo, ponen a pelear sus perros sobre la espalda encorvada de sus amantes, para que después sólo queden restos y vísceras, ojos que pactan en blanco con los gritos de la ciudad.

El perro marcha lazarillo guiando al ciego, quien con el puño en cenit lanza letanías y enloquecen a la afición de crímenes.

La afición es una entrega de pasiones desbordada y descarga su odio sobre los cuerpos perfectos de las inexistentes.

Las inexistentes son mujeres bellísimas que no soportan evidentemente el amor.

Ahora el ciego grita a manera de contramaestre,  
ha visto la claridad en el ojo del perro.

El perro es un tigre que ha olvidado su condición de fiera.

Cuando en silencio se lleva a cabo la procesión del odio, los mortales comunes rezan piadosos frente a los espejos que adornan los faros de la isla perdida en el vientre de la perra.

la angustia causa la presión de la arena,  
dejan caer más antes de los últimos sus cuerpos  
dentro de cuencas vacías como de perros.

Los que miran adentro esperan ser traicionados por la prisa de los barcos y el surgimiento de nuevas deidades

Entre la ruina del espejo el rostro es un trazo que termina en los restos de la luz, un pez muerto carcomido por la sal.



Hoy no veras a la perra mordisquear huesos bajo el canto fúnebre de las inexistentes. Mientras alacranes parten a la noche para depositar un sueño de aguijón en los párpados del centauro.

Sabrás que entonces el odio no duerme.

Habrás tal vez una melodía que haga llorar a los ciegos, a putas que abrazan un suspiro.

La muerte regresa de su pasado oliendo a semen.

No se va el perro nombrándose hijo del hombre.

No es animal que muerde rendido al centauro.

Hoy caerán huesos del agua sobre la ciudad redimida

Los ángeles gritaran

inflamados,

leprosos,

juzgaran la llama.

Llorarán implorando a las ratas

el perdón de homicidas.

La traición de los espejos es una promesa de antes,  
por la ciudad erraban ebrias estrellas entre las alas de los pájaros.

Los dientes ensangrentados  
no detendrán la retina  
de quien duerma agazapado  
de las inexistentes

—Es hora de partir sobre las calles del signo.

Engendrado el centauro  
al equívoco ignorante del ciego,  
deliberando el presagio del infierno.

El centauro es devorado  
por los perros de la noche,  
quienes conjuran la sed del cuerpo.  
Amén de la muerte.

Sin alfabeto al borde de las agujas,  
purifican el alma con la sangre del centauro.

Bajo la fragua de los designios el perro irrumpe la omisión del muro.

El ojo destiñe la luz,

edifica puertos,

catedrales.

Vuelto todo al ojo

la farsa del espejismo

El perro olvida su comunión con Quirón,

hay sonidos de una puerta que se cierra.

El significado para nombrar los objetos

se consume sanguinario hasta la muerte.